

# ÍNDICE

Relación de acrónimos 7

Prólogo, *Pere Rusiñol* 9

Introducción 13

- I. Los que tienen las manos frías 21
  - El hambre en el campo 26
  - Los precios y la estacionalidad 31
  - La difícil tarea de encontrar trabajo 35
  - El coste de la supervivencia 42
  - La desnutrición infantil en la estación difícil 48
  - La génesis de la hambruna 54

- II. Un mundo de buenas propuestas 61
  - Ayuda de emergencia 66
  - Red de seguridad para la protección social 79
  - El desarrollo de los medios de vida agrícolas 91

- III. De las políticas a los derechos 113
  - Deficiencias en la red de seguridad para la protección social 117
  - La fuerza de la ley 134
  - El paso siguiente: el derecho internacional a la alimentación 142
  - El coste de poner fin al hambre estacional 148

Epílogo sobre la Unidad 157

Apéndice A: coste del paquete mínimo de intervención para  
combatir el hambre estacional 161

Tratamiento comunitario de la desnutrición aguda 161

Programas de garantía de empleo 164

Pensiones sociales 166

Promoción comunitaria del crecimiento infantil 167

Referencias bibliográficas e información  
complementaria 171

Los autores 181

## PRÓLOGO

Pere Rusiñol

La casa donde Sydney, un simpático ferroviario de Zimbabue, vive con su esposa y sus dos hijos tiene jardín, un amplio comedor con televisión, electricidad y agua potable. Está en South Mall, un elegante barrio de Bulawayo, la segunda ciudad del país, y la visité en junio de 2008. Tras una agradable charla, y cuando ya estaba a punto de irme, Sydney me agarró del brazo y me susurró: «Disculpe que no le haya invitado a nada, pero es que no tengo nada». Nada es exactamente nada: la nevera estaba vacía y ningún miembro de la familia sabía si iba a comer algo ese día. Ni, por supuesto, mañana.

Zimbabue reúne condiciones muy particulares —hiperinflación y caos político—, pero lamentablemente las dificultades que muchos de sus ciudadanos tienen para alimentarse son parecidas a las que sufren centenares de millones de personas en todo el mundo, sobre todo en África. La «originalidad» del caso de Sydney y su familia es que tuvieran una vivienda decente. Pero a muy pocos sorprenderá que un africano no tenga nada para comer. «¿Qué hay de nuevo, viejo?», preguntará cualquier redactor jefe de cualquier periódico del mundo para justificar su negativa a volver a contar una historia tantas veces leída y ya amortizada. Así es siempre: los pobres tienen hambre —en África hay millones

de ellos— y, por tanto, casi nunca son noticia, salvo que el drama se acompañe de alguna característica muy especial, a ser posible divertida.

A veces, no obstante, el hambre irrumpe por extrañas razones con fuerza en los medios de comunicación, aunque suele ser cuando deriva ya en hambruna extrema y algún grupo de presión con suficiente poder o contactos logra llamar la atención. Pero el hambre cotidiana, continua e implacable que sufren millones de personas en el mundo nunca llama la atención. Los que tenemos la panza llena nos hemos acostumbrado a su existencia como si fuera una maldición bíblica con la que hay que convivir. El hambre estacional de la que habla este libro entra de lleno en esta categoría: atroz, terrible, injusta. Pero tan normal que a nadie le sacude ya.

Y sin embargo, el supuesto maleficio tiene causas mundanas, en las que intervienen aspectos particulares de las sociedades donde se sufre —desgobierno, corrupción, guerra, etcétera—, pero entre las cuales está también la actuación de Occidente. La crisis actual derivada del espectacular aumento del precio de los alimentos —en paralelo al desbocado precio del petróleo— lo ilustra a la perfección: primero, los organismos financieros internacionales imponen liberalizaciones que se llevan por delante la precaria agricultura local. Luego, forzados a comprar fuera lo que antes cultivaban en casa, las cuentas no salen: la comida es demasiado cara porque la gasolina para transportarla está por las nubes, sin importar que empresas occidentales hayan extraído antes el petróleo a precios risibles quizá en el pueblo del lado. Y ello por no hablar del saqueo de recursos naturales, del gran negocio de la venta de armas, de los aranceles desproporcionados a productos que vienen del Sur, de las veces que se avivan entre bambalinas conflictos locales para sacar tajada en concesiones futuras... La lista de responsabilidad de Occidente es larga y devastadora.

Oscuros fondos de inversión se están forrando ahora con la crisis alimentaria —y con ellos, sus anónimos y simpáticos clientes—, pero los que antes eran pobres ahora se han convertido directamente en hambrientos de los que no salen en los medios de comunicación. Ni siquiera aparecerán en las estadísticas, que registran una disminución de la pobreza en el mundo porque cada vez son menos los que viven con menos de un dólar al día. ¿Pero de qué sirve ahora tener un dólar cuando los precios de toda la comida se han multiplicado y para comprar lo mismo que antes se necesitan tres dólares en lugar de uno? Las grandes cifras certifican una mejora y eso contenta a los burócratas y políticos. Poco parece importar que la vida real para las personas de carne y hueso empeore.

En estas condiciones, cualquier sequía, por leve que sea, o unas lluvias de más que desborden un río, o una plaga de langostas inoportuna no se limitan a provocar estrecheces en una comunidad. La condenan a muerte. Y la economía de mercado nunca aparece para salvar estas vidas amenazadas porque no mejoran ninguna cuenta de resultados.

La descripción del fenómeno y sus causas son perfectamente conocidas y este libro lo demuestra. Pero este trabajo también refleja que la situación tiene arreglo y que incluso es relativamente fácil. Sólo depende de la voluntad política. Ni siquiera hay que esperar a que cambie el mundo ni a materializar utopías que a menudo esconden quimeras. Bastarían algunas medidas concretas e incluso baratas —este libro propone unas cuantas— para poner fin a esta infamia. Aquí se aporta una propuesta de «paquete mínimo de intervención» que costaría 47.500 millones de euros al año. ¿Le parece mucho? El fondo de «garantías estatales» aprobado por el Congreso de EE UU en julio de 2008 sólo para hacer frente a la crisis inmobiliaria en este país asciende a 200.000 millones de euros. Y la guerra de Iraq, según los cálculos del

reputado economista estadounidense y premio Nobel Joseph Stiglitz, ha costado 1,95 billones de euros. Y todavía siguen los muertos y el gasto.

Cuando los bancos o los grandes financieros tienen problemas, enseguida acuden raudos los demás poderosos del mundo a inyectar dinero público para ayudarles a salir del aprieto. Para ello no tienen nunca inconveniente en saltarse todas las reglas de la ortodoxia neoliberal, en aportar dinero público en cantidades astronómicas y en hacer jugar al Estado el papel de cirujano que sanará al enfermo grave. Pero todo cambia si se trata de millones de personas desesperadas que necesitan ayuda incluso para conseguir un pedazo de pan. En este caso, rara es la vez que se diseña un plan o que se pongan los mecanismos políticos y económicos que tan al alcance parecen cuando los apuros los pasa un banco.

Que con todo lo que sabemos los esfuerzos globales para poner fin al hambre sean tan timoratos es descorazonador. Pero que la respuesta más común sea además construir grandes muros en las fronteras es un auténtico bumerán. Este libro puede ayudar a horadar algunos muros, sobre todo en las mentes. Sólo así podrá aliviarse algo el sufrimiento de los que pasan hambre y garantizar el bienestar futuro de los que de alguna manera, aunque sea sin pretenderlo, contribuyen a crearla y se han acostumbrado a conllevar como si nada esta aparentemente inevitable maldición.

## INTRODUCCIÓN

Los titulares son alarmantes. Durante los últimos años, y especialmente en los últimos meses, los precios de los alimentos se han disparado en todo el mundo. Los gobiernos, desde Haití a Senegal e Indonesia, se enfrentan a poblaciones airadas. Sus protestas, tanto en las urnas como en disturbios callejeros amenazan, y en algunos casos han hecho caer, a los partidos gobernantes. Millones de niños presentan un elevado riesgo de desnutrición. Las perspectivas de que la situación mejore en un futuro próximo son sombrías.

Con el empeoramiento de esta «crisis mundial de los alimentos», el problema del hambre vuelve a ocupar las primeras líneas de la agenda política mundial, y con razón. La cruda realidad es, sin embargo, que para cientos de millones de personas de todo el mundo, el hambre extrema y la desnutrición ya eran algo «normal» en sus vidas mucho antes de que la crisis actual ocupara portadas. Los periodistas y los activistas llamarán la atención, de forma justificada, sobre las circunstancias concretas actuales («la tormenta perfecta», que tiene su origen en el incremento de precio del petróleo y los fertilizantes, el aumento de la demanda mundial de cereales, la utilización de tierras de cultivo para la producción de biocombustibles, y las consecuencias del cambio climático sobre

la producción de alimentos, entre otros factores),<sup>1</sup> pero las causas de fondo de la situación actual son las mismas sobre las que se sustenta el hambre desde hace generaciones: la pobreza, la volatilidad de los precios y la escasa productividad agrícola. Por tanto, se debe actuar con precaución a la hora de elaborar las políticas de respuesta a la crisis actual para evitar que los árboles impidan ver el bosque. De hecho, debe cuestionarse la producción de biocombustibles, deben reajustarse las normativas sobre importación y exportación de alimentos, y así sucesivamente, pero los problemas fundamentales no pueden ser ignorados una vez más; entre los más importantes, que los pobres necesitan dinero para poder acceder al libre mercado y comprar sus alimentos, que la protección contra la inestabilidad de los precios es parte indispensable de la lucha contra el hambre, y que el crecimiento de la producción agrícola no se debe dar por sentado.

El objetivo principal de este libro no es abordar la crisis alimentaria mundial actual, sino la crisis alimentaria mundial permanente: el hambre estacional que padecen los pobres de las zonas rurales, los ciclos de inanición silenciosa y predecible que afecta y acaba con las vidas de decenas de millones de personas cada año.

Casi siete de cada diez personas que pasan hambre en el mundo o, lo que es lo mismo, cerca de seiscientos millones de personas pertenecen a familias que tienen una pequeña granja o son trabajadores del campo que no poseen tierras.<sup>2</sup> Muchas personas de entre esos seiscientos millones viven en zonas donde los problemas ocasionados por el agua o la temperatura no permiten más que una cosecha al año.

---

1. Lacey (2008). La cita de «la tormenta perfecta» está extraída del artículo del presidente de El Salvador, Elías Antonio Saca.

2. Grupo de trabajo sobre el hambre del Proyecto del Milenio de las Naciones Unidas (2005).

La pobreza varía según los ciclos estacionales y empeora de manera especial en los meses previos a la cosecha.<sup>3</sup> Durante este período de «hambre estacional», las reservas de alimentos de la cosecha anterior están prácticamente agotadas y la situación de escasez generalizada en la economía local hace que los precios de los alimentos se disparen hasta unos niveles inalcanzables. Para empeorar aún más las cosas, el período de hambre estacional suele coincidir con la peor temporada para las enfermedades: los meses previos a la cosecha son habitualmente los meses lluviosos, cuando la malaria, las diarreas y otras enfermedades se manifiestan con más fuerza. Los enfermos pierden el apetito, tienen dificultades para absorber los nutrientes y retener lo que comen. Todos estos problemas se unen y dan lugar a modelos estacionales de hambre y desnutrición, especialmente entre los niños más pequeños.

Este sufrimiento no es inevitable. Las dificultades que entraña la lucha contra el hambre estacional son enormes,

---

3. La falta de datos fiables agroclimáticos, nutricionales y de consumo de alimentos dificultan el cálculo exacto del número de personas afectadas por el hambre estacional. Ferro-Luzzi y Branca (1987) estiman una cifra total de al menos 300 millones de personas que «deben ser consideradas en situación de riesgo debido a trastornos metabólicos funcionales derivados de su exposición a dificultades estacionales para la renovación energética que superan la tolerancia fisiológica del organismo» (p. 162). Sin embargo, su análisis se limita a: *a*) solamente adultos; *b*) la desnutrición primaria ocasionada por un consumo insuficiente de alimentos, y no a la desnutrición secundaria, causada por enfermedades estacionales que reducen la absorción y retención de nutrientes; y *c*) un conjunto reducido de países (19 en la región africana del Sahel, más India y China). Si el análisis fuera más amplio e incluyera a los niños, la desnutrición ocasionada por las enfermedades y un mayor número de países, seguramente la cifra de 300 millones aumentaría considerablemente. En cualquier caso, los afectados por las enfermedades estacionales son la mayor parte, probablemente la gran mayoría, de los 600 millones de personas de las zonas rurales que se calcula padecen hambre en el mundo. Por otra parte, los demás, quienes sufren de hambre «crónica» durante todo el año, no son inmunes a los ciclos estacionales. En la medida en que dependan de la economía agrícola, el hambre que padecen también empeorará en los meses previos a la cosecha.

pero pueden superarse gracias a la combinación adecuada de propuestas, dinero en cantidad suficiente para respaldar su aplicación, y una legislación que garantice una puesta en práctica honesta y comprometida. Este último punto es clave: hasta ahora, la lucha contra el hambre se ha basado en la irregular aportación de fondos procedentes de recaudaciones caritativas y en la voluntad política, con resultados pobres y limitados, como era de esperar. Sólo cuando el acceso a los alimentos pasa a ser una cuestión de justicia y de derechos humanos existen posibilidades realistas de poner fin al hambre.

En este momento, alcanzar la «justicia del almuerzo» parece algo lejano; sin embargo, es mucho lo que está en juego (la salud y la vida de la población mundial y, de forma más preocupante, de los niños del mundo) como para detenernos ante distancias o dificultades. Depende de todos nosotros, los ciudadanos del mundo, reafirmar ante nuestros dirigentes que acabar con el hambre es en realidad nuestro mayor interés político. Al menos, debemos intentarlo por todos los medios.

El contenido de este libro se basa fundamentalmente en la investigación de campo realizada por los autores en distintos países, sobre todo en Malawi e India, así como en Níger, Etiopía, Ghana y Namibia. No habríamos podido llevar a cabo nuestro trabajo en ninguno de estos países sin la ayuda de un gran número de personas, incluidos los miembros de las comunidades que visitamos, el personal de Acción contra el Hambre, de las agencias gubernamentales y de las organizaciones no gubernamentales.

Queremos dar las gracias al equipo de Acción contra el Hambre en Malawi, formado por Hervé Cheuzeville, Elena Rivero, Raquel Argibay, David Chibaka, Smart Massamba, Stella Sibande, Isaac Kalilombe, Madalitso Banda, Maxwell Khombe, Frank Jantala, Madalo Bvumbwe, Chimemwe Jere,



Los miembros de la comunidad de la población de Geni, Malawi, comentan su calendario estacional en un ejercicio participativo realizado para este libro.  
© S. Hauenstein Swan

y Nynke Nutma. Estamos muy agradecidos a los vecinos de Geni y Kasiya, y especialmente a Devison Banda y su familia, Faliot Chiputu, Grace Chisale, Mirion Nkhoma, Gladys Taurino, Agnes Andeson, Esther Chilangiza, Charity Banda, los miembros de Umodze, y el personal del Hospital St. Andrews. También queremos dar las gracias a los funcionarios del gobierno de Malawi, Dra. Mary Shewa, secretaria principal del Departamento de Nutrición, VIH y sida, Tapiwa Ngulube y Felix Pensulo Phiri del Ministerio de Sanidad y a los funcionarios de distrito de Geni y Kasiya que nos prestaron su ayuda. Estamos muy agradecidos a los diferentes funcionarios de la sociedad civil y agencias donantes de Lilongwe, incluidos los representantes de CONCERN, MALEZA, la Comisión Europea, Irish Aid y USAID, por hacernos llegar sus opiniones y su visión de expertos.

El trabajo realizado en Níger no habría sido posible sin la ayuda de las misiones de ACF en Niamey y Bamako. Queremos expresar nuestra gratitud a Sébastien Bouillon, Michael Flachaire, Dera Salifou Mahamadou, Elisa Domínguez Muriel y María Segovia en Niamey, a Mariama Ousmane por su excelente trabajo como ayudante en la investigación de campo, a todo el equipo del proyecto en Keita, incluidos Laurent Teulières, Marie Doutremepuich, Fati Amadou, Romain Florent y Wakengue Wakilongo, por su flexibilidad, su labor como guías locales y la detallada información que nos transmitieron. Agradecemos a la Comisión Europea, CONCERN y UMEC el tiempo que nos dedicaron.

En India, queremos dar las gracias a Lakshmi Vaitla y Pattabhi Vaitla por su inestimable apoyo, así como a Satya Sree Kothapalli y a toda la familia Kothapalli, a Balamurali Krishna Prasad Kondepati, Sirisha Kondepati y a la familia Kondepati, Ganesh Dhokane, Hari Krishna Taneer, Sai Harini, y Manna Vishnu Murthy por su colaboración en el trabajo de campo. Nuestro agradecimiento especial a Spurthi Reddy y Havjyoti de Right to Food Campaign por las entrevistas y, lo que es más importante, por su magnífico trabajo. También queremos agradecer a los numerosos funcionarios del gobierno indio de los distritos de West Godavari y Mahabubnagar que nos prestaron su ayuda, especialmente del Departamento de Desarrollo Rural, el Departamento para el Desarrollo de Mujeres y Niños y el Departamento de Agricultura. Asimismo, agradecemos a los vecinos de Annapanenivari Gudem y Jaklair por haber compartido su tiempo con nosotros tan generosamente, así como al personal de los centros Anganwadi, especialmente a Kumari y Saromani, de Annapanenivari Gudem.

Agradecemos a Angelina Lawrence, Jean-Michel Grand, Henri Leturque, Christine Kahmann, Jamie Anderson, Steve y Sarah Fonte, y Tree Kilpatrick por sus valiosos comentarios

y su colaboración en la edición de este libro. Estamos en deuda con gran cantidad de personas de los equipos técnicos y de operaciones de ACF, que nos han ofrecido la ayuda y los recursos necesarios para que pudiéramos realizar este trabajo. Nuestro agradecimiento especial a Alison Hauenstein Swan por haber soportado pacientemente la labor de investigación y escritura de este invierno y por su apoyo a lo largo de todo el proyecto.

Por último, aunque es lo más importante, queremos agradecer a los hombres, mujeres y niños de todas las comunidades que visitamos por compartir con nosotros su tiempo y sus vivencias, así como a los dirigentes y a los ancianos por su excelente acogida. Este libro está dedicado a ellos, con la esperanza de que contribuya a paliar el sufrimiento del hambre en todo el mundo.